

Tránsitos y corredores: la biblioteca de María Rosa Lojo en *Solo queda saltar* (2018)

Antonio R. Esteves¹

Resumen. Autora de una obra variopinta que incluye, en el ámbito literario, poemarios, colecciones de relatos y varias novelas, y el ámbito crítico, ensayos, libros y artículos variados, María Rosa Lojo, desde la publicación de su primer libro en 1984, viene ocupando un destacado lugar en las letras argentinas. En la larga lista de su obra ficcional merecen destaque las narrativas casi siempre urdidas en los borrosos límites entre historia y ficción, que en general abordan cuestiones históricas e identitarias asociadas a tránsitos y fronteras. Al borrarse los límites de los géneros tradicionales, con la mezcla de varios tipos de discurso, el diálogo entre las diversas modalidades de narrativas ficcionales e históricas es frecuente. El presente trabajo, a partir de la cartografía de las obras anteriores de María Rosa Lojo en el ámbito ficcional, discute cómo dichas obras transitan en la textura de su última novela, *Solo queda saltar* (2018) y cómo se efectiva el diálogo intertextual que reitera la presencia de temas y formas usuales en su obra.

Palabras clave: exilio; frontera y tránsito cultural; relaciones intertextuales; narrativa argentina contemporánea; María Rosa Lojo; *Solo queda saltar*.

[en] Transits and Corridors: María Rosa Lojo's Library in *Solo queda saltar* (2018)

Abstract. The Argentine writer María Rosa Lojo is an author of a diversified works. In the literary area includes poems, collections of stories and several novels. In the literary critical essays, she also produced important works, including books and varied articles, about culture and Argentine literature. Since the publication of her first book in 1984, she has been occupying a prominent place in the Argentine letters. In the long list of his fictional works, the narratives almost always are made in the blurred boundaries between history and fiction, which in general address historical and identity issues associated with transits and borders. When the limits of the traditional genres are erased, with the mixture of various types of discourse, dialogues between the various modalities of fictional and historical narratives are frequent. The present work, based on the mapping of the fictional works of María Rosa Lojo, discusses how these works transit in the texture of her latest novel, *Solo queda saltar* (2018) and how the intertextual dialogue that takes place reiterates the presence of usual themes and forms in his work.

Keywords: exile; border and cultural transit; intertextual relationships; contemporary Argentine narrative; María Rosa Lojo; *Solo queda saltar*.

Sumario. 1. Saltos transatlánticos. 2. Tránsitos textuales. 3. La barca que cruza los abismos.

Cómo citar: Esteves, A.R. (2021) Tránsitos y corredores: la biblioteca de María Rosa Lojo en *Solo queda saltar* (2018), en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 50, 41-48.

Escríbelo. Regístralo. Apúntalo. Nadie sabe que dentro de un bloque de mármol hay escondido un cuerpo, una cara, unos ojos que miran los tuyos, hasta que los descubre un escultor. Así es con lo que sientes, con lo que piensas, cuando lo ves escrito.

(Lojo, 2018: 11)

¹ UNESP, Assis. Brasil.
Email: aesteves26@uol.com.br

1. Saltos transatlánticos

Autora de una obra variopinta que incluye, en el ámbito literario, poemarios, colecciones de relatos y diversas novelas, y el ámbito crítico, ensayos, libros y artículos, María Rosa Lojo viene ocupando un destacado lugar en las letras argentinas. Su primer poemario es *Visiones*, de 1984; la primera colección de cuentos es *Marginales*, de 1986; y la primera novela es *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*, de 1987. A partir de entonces se han publicado más de veinte títulos, muchos de ellos traducidos en el exterior y merecedores de diversos premios literarios nacionales y extranjeros.

En la larga lista de su obra ficcional merecen destaque las narrativas, casi siempre urdidas en los borrosos límites entre historia y ficción, entre realidad y fantasía, que, en general, abordan cuestiones históricas e identitarias asociadas a tránsitos y fronteras. Al borrarse los límites de los géneros tradicionales, con la mezcla de varios tipos de discurso, el diálogo entre las diversas modalidades de narrativas ficcionales e históricas es frecuente. El presente trabajo, a partir de una cartografía de las obras anteriores de la escritora, particularmente en el ámbito ficcional, discute cómo ellas transitan en la textura de su última novela, *Solo queda saltar* (2018) y cómo se efectiva el diálogo intertextual que reitera la presencia de temas y formas.

Nacida en un país llamado exilio, esa argentina hija de la diáspora republicana española creció y fue educada en una zona de frontera en la que se mezclaban por lo menos tres diferentes culturas que hasta cierto punto son contiguas. A la Argentina de una “*Buenos Aires al Oeste*”, en Castelar, donde se instaló la familia, puerta de salida para la amplitud de la mítica pampa, se suman la España castellana de la madre nacionalista, forzada por las circunstancias a abandonar su querido Madrid, y la Galicia del padre republicano socialista que esperó ansiosamente la muerte del caudillo sin conseguir regresar a su terruño. En la escuela argentina le enseñaron una patria distinta de aquellas que tenía en el hogar, en una lengua también diferente del castellano materno y del eventual gallego paterno.

Teniendo que transitar desde temprano por la diversidad cultural y en muchos momentos también lingüística, María Rosa Lojo se especializó en traducciones culturales y acabó por tomar el camino de las letras, seguramente el más propicio para la construcción de una identidad, si no en constante tránsito, por lo menos bastante provisional. Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, investigadora del CONICET, ella desarrolló con brillo una carrera académica a lo largo de la cual viene dedicándose a estudiar la literatura y la cultura argentinas, en diversos ensayos y libros publicados en el país y en el extranjero.

En su amplio y diversificado campo de actuación se pueden constatar algunas líneas conductoras. Tanto en la crítica cuanto en la creación literaria, una presencia constante es la reflexión sobre la identidad del argentino, tejida en los umbrales de lo transitorio, en el entre-lugar (Santiago, 1978) de conceptos movientes y pasajeros sobre los cuales se ha erigido el discurso fundador de esa cultura, desde el siglo XIX, es decir, el par civilización *versus* barbarie. Disolver el maniqueísmo de dicho binomio, un tópico literario, mito y anatema político (Lojo, 2004:115), en el cual el primer término representa lo que vino del centro, de una Europa civilizadora, y el segundo representa la exuberancia de la naturaleza local y la forma como los primeros colonizadores han tratado de adecuarse a ella, es el objetivo de la mayor parte de sus producción intelectual. En dicho contexto, serán temas constantes en su variada obra, tanto el exilio, cuanto la frontera, los límites de los márgenes y de los géneros y el papel de la mujer en dicha cultura. Su última novela no es diferente.

En una prosa ágil, *Solo queda saltar* (2018) traza una especie de biografía de dos jóvenes exiliadas gallegas que se fijan en Chivilcoy, provincia de Buenos Aires, en fines de los años cuarenta, tratando de escapar de las funestas consecuencias del conflicto bélico que escindió el pueblo español, destrozó el país y puso en el poder la dictadura nacional fascista del vencedor Francisco Franco.

La narrativa se divide en dos partes formadas por los “cuadernos” de las protagonistas. La primera parte, que ocupa dos terceras partes de la novela, está formada por el *Cuaderno de Celia*, la hermana mayor, con fecha de 1948. La segunda es el *Cuaderno de Isolina*, cuya fecha de 2018 coincide con el momento de la escritura del libro. La narrativa cuenta, de modo casi lineal, la vida de las dos hermanas, desde su infancia en la Galicia de posguerra, la llegada a la Argentina, acogidas por el tío materno, un emigrado gallego, después de haber perdido lo que les quedaba de familia en Galicia, a consecuencia de la contienda.

El núcleo es el proceso de adaptación de Celia e Isolina al nuevo país y a la nueva familia. Juan, el tío que las jóvenes no conocían, había llegado a la Argentina en la segunda década del siglo XX como miles de gallegos en búsqueda de fortuna. Transformado en un comerciante abastado él no hesita en acoger a las muchachas cuando ellas se quedan solas en Finisterre al morir los padres y la abuela. Manuel, el padre, había sido un maestro republicano que murió en la cárcel después de la guerra. La madre y la abuela le sobreviven poco tiempo y las muchachas, “dos niñas de luto [que] parecen viejas”, toman el barco rumbo al Nuevo Mundo. Celia aún no ha cumplido los dieciocho e Isolina no llega a los diez (Lojo, 2018:13).

En su equipaje, poca cosa. Manteles bordados por la madre y la abuela, regalos para el tío anfitrión. Y los libros, herencia del padre maestro muerto en la cárcel de los nacionalistas. Más que escasos bienes materiales, ellas traen las memorias del trauma de la guerra. Tardará cierto tiempo para que Celia supere el terror de las pesadillas en las que es perseguida por hombres que la cazan, ensangrentada, bajo “la turbia luz de la luna” (Lojo, 2018:13), después de haber violado a la prima Eulalia. En la primera etapa del relato, en los tiempos iniciales de adaptación a la nueva tierra, ella trata de superar el trauma de los recuerdos de la violencia causada por la España de la dictadura franquista.

Con el paso del tiempo ellas acaban por integrarse a la Argentina, que en aquellos tiempos vive el primer peronismo. Las marcas de la violencia política, sin embargo, están diseminadas a lo largo de todo el libro. El “cuaderno” de Isolina se encarga de informar, en un relato de 1980, la desaparición de Manuel, hijo de Celia, arrancado de su cama por los militares de la última dictadura argentina.

El relato termina con el viaje de Isolina a Galicia, en 2018, y su posterior regreso a la Argentina, cerrando el ciclo de vaivenes. “Soy la casa sin anclas, soy mi propia barca que cruza los abismos llevando la memoria de todas las orillas.” (Lojo, 2018:149). Así concluye el relato de Isolina. El *Cuaderno de Celia*, con sus escritos de la juventud, y notas de la madurez, queda enterrado bajo un *cruceiro*, en el camino de la *Casa das Ánimas*, en Fisterra, donde ellas habían nacido. (Lojo, 2018:149).

2. Tránsitos textuales

La literatura se escribe en una relación con el mundo, pero se presenta, además, en una relación estrecha consigo misma, con su historia, con la historia de sus producciones. En suma, en cada obra retoma el largo camino desde sus orígenes. (Samoyault, 2008: 9). En ese proceso de relecturas y reescrituras se construye una biblioteca que registra lo que la literatura tiene de sí misma y que va siendo leída y reescrita de modo casi infinito. El proceso intertextual es el núcleo de dicha idea, que para los lectores de Jorge Luís Borges no presenta nada novedoso: el escritor argentino llega a la paradoja de ver el mundo como una inmensa biblioteca. Un libro siempre acaba contando la historia de otro libro, proceso que Genette (2006) llama de “literatura de segunda mano”, una especie de laberinto que trata de buscar sus oscuros orígenes, prácticamente perdidos, de los cuales muchas veces solo quedan vestigios borrosos como en los palimpsestos.

Escritora plenamente insertada en su tiempo, María Rosa Lojo tiene conciencia de dicho proceso: “[...] un libro siempre se debe a otro” (Lojo, 1998: 229), ya había apuntado en la página de agradecimientos de su novela *La princesa federal*, publicada en 1998. Su escritura es un tejido elaborado con hilos provenientes de varias partes de una vasta biblioteca que maneja con singularidad. Además de las referencias claras que se presentan en las bibliografías que suele presentar y muchas veces comentar al final de varios de sus libros, hay también una “bibliografía oculta”, que se puede constatar en una lectura más cuidadosa. Deja de ser, de ese modo, oculta.

Bibliotecas, libros, lecturas, escritos, manuscritos, diarios, cartas, reales o apócrifos, son tópicos que se reiteran en la vasta obra literaria de la escritora. Del mismo modo, está presente en su proceso de escritura lo que podríamos llamar “vasos comunicantes”, expresión tomada de la física, para designar la circulación de la materia por diversos recipientes, técnica bastante común en la literatura contemporánea. Así, no solamente temas transitan entre sus obras, sino también los personajes salen de determinado relato para repoblar otro. Es el caso, entre otras obras de la escritora, de Solo queda saltar.

En una entrevista en el ámbito de la divulgación de la novela, la escritora aclara esa técnica y explica que algunos personajes, como Carmen Brey, su marido, su hermano y su familia vienen de otra novela, *Las libres del Sur*, de 2004. Y los “pequeños seres inclasificables que cree ver Isolina, son las Siniguales (de *El libro de las Siniguales* y *el único Sinigual*)”. Del mismo modo, aparecen los indígenas, “representantes de pueblos originarios, como en novelas anteriores. “Y concluye que “retornan elementos constantes que configuran [su] mundo imaginario.” (Ortiz, 2019).

Se puede constatar, de ese modo, el tránsito de varios temas y/o personajes, ficticios o históricos ficcionalizados, de obras anteriores de la escritora cuyo diálogo intertextual con *Solo queda saltar* se presenta en diferentes niveles. Los más explícitos son los ya referidos: la novela *Las libres del Sur*, de 2004 y *El libro de las Siniguales* y *el único Sinigual*, relato de difícil clasificación en los géneros tradicionales, publicado inicialmente en gallego en 2010 y posteriormente en castellano en 2016. También es evidente el diálogo con las novelas *Finisterre*, de 2005; *Árbol de familia*, de 2010; *La princesa federal*, de 1998; y con relatos de *Amores insólitos de nuestra historia*, publicado originalmente en 2001.

El diálogo más directo y amplio se hace con *Las libres del Sur*, cuyo subtítulo es “Una novela sobre Victoria Ocampo”. A pesar de señalar hacia el protagonismo de la fundadora de la revista *Sur*, que fue un

norte en la cultura argentina de las primeras décadas del siglo XX, la novela se dedica a reconstruir, en cuatro partes, el ambiente cultural de la cosmopolita ciudad de Buenos Aires en las primeras décadas de aquel siglo. Narra las relaciones de Victoria con cuatro intelectuales extranjeros que ella protegió y de los cuales en cierta forma estuvo enamorada, por lo menos intelectualmente. El Premio Nobel Rabindranath Tagore (1861-1941) visitó la capital argentina en fines de 1924; el filósofo español José Ortega y Gasset (1883-1955), que ya había estado en el país en 1916, regresó permaneciendo entre 1928 y 1929; el conde alemán Hermann von Keyserling (1880-1946), también fue en 1929 y el norteamericano Waldo Frank (1889-1945), que estuvo en Buenos Aires aquel mismo año, fue un gran incentivador la revista *Sur*, presentada al público en 1931.

En la reconstrucción de dicho panorama intelectual de la capital argentina, desfilan por las páginas de la novela, debidamente ficcionalizados, diversos escritores de las tres primeras décadas del siglo, entre los cuáles están Jorge Luís Borges (1899-1986), Leopoldo Marechal (1900-1970), Rosa María Oliver (1898-1977), y otros. Al lado de ellos, surge un personaje ficcional, la gallega Carmen Brey, que en la trama de la novela actúa como secretaria de Victoria, además de traductora e intérprete en la tarea de agasajar a los ilustres visitantes. Es a través de los ojos de la gallega que se presenta el panorama de la vida cultural argentina del período.

En determinado punto de la acción, Carmen se enamora del alemán Ulrich von Phorner, Utz, secretario de von Keyserling. En el último capítulo, en 1931, Utz regresa a la Argentina después de haber concluido sus actividades en Alemania y se casa con Carmen. La boda se lleva a cabo en Los Toldos, localidad en donde vive la familia de Francisco Brey, el hermano de Carmen que había motivado su venida a la Argentina. Los novios habían decidido fijar residencia en la pujante Chivilcoy, interior de la provincia de Buenos Aires, un buen lugar para fundar una escuela especializada en filosofía, a cargo de Utz, y un Instituto de Idiomas, dirigido por Carmen.

Pasan la luna de miel en Malanzán, provincia de La Rioja, “para conocer el histórico escenario donde Karl von Phorner se había atrevido a desafiar a duelo al general Quiroga.” (Lojo, 2013: 323). Aquí se concreta un enlace con el relato “Ojos de caballo zarco”, del libro *Amores insólitos de nuestra*, de 2001. Como da cuenta la referencia que aparece en *Las libres del Sur*, el marido de Carmen Brey es descendiente del bávaro Karl von Phorner que, en la época de Rivadavia, recibe una concesión minera en Famatina. El relato de *Los amores insólitos* lo hace entrevistarse con el general Quiroga y retarlo a duelo, acusándolo de ser el causador de la falencia de la empresa minera. Eso lo convierte en un hombre pobre al cual el padre de su amada le niega su mano. La entrevista termina bien: Facundo Quiroga no acepta el reto ni tampoco manda matarlo, sino que le presta una suma importante de dinero que le permite casarse con la amada dando origen a un linaje del cual desciende Utz, el futuro marido de Carmen.

Cuando llegan a Chivilcoy, acogidas en la casa del tío Juan, las protagonistas de *Solo queda saltar* entran en contacto con Carmen Brey y Ulrich von Phorner que tendrán una importancia fundamental en sus vidas. Carmen será inicialmente profesora de Celia y esta, posteriormente, va a casarse con Gustavo, sobrino de Ulrich, que también se había refugiado en la Argentina después de escapar de régimen nazista que exterminó su familia en los campos de concentración. El hijo de Celia y de Gustavo, que se llama Manuel en homenaje al abuelo republicano muerto a consecuencia de la Guerra de España, será un desaparecido de la última dictadura cívico-militar argentina a fines de los años 70.

De *Las libres del Sur* también procede un episodio que reaparece en *Solo queda saltar*. Carmen Brey había salido de Galicia tratando de encontrar a su hermano Francisco, que había abandonado su casa y su país por haberse enamorado de la segunda esposa de su padre. Con la fuga, él se refugia en la zona de Los Toldos, se casa con una indígena y pasa a vivir lejos de la vida dicha civilizada. Después de una serie de investigaciones, Carmen encuentra su paradero y decide ir a buscarlo.

La acompañan en la aventura en Los Toldos los entonces jóvenes escritores Borges y Marechal. El relato del viaje en tren rumbo al Oeste está constituido por una serie de discusiones literarias entre los dos escritores, especialmente sobre la pampa, el desierto y el gaucho. Trae además una relectura paródica del cuento “El Sur” (1953), quizás uno de los relatos más conocidos del escritor argentino, con un episodio de una pulpería de la periferia de Los Toldos, en el que Carmen Brey termina por librar a los escritores del mal entendido con los gauchos.

Al día siguiente ocurren otros dos acontecimientos retomados en *Solo queda saltar*. El primero es la introducción de Evita, entonces una niña pobre, que se hace amiga de la gallega. La niña permite que Carmen encuentre a su hermano, al llevarla hasta Juana Ibarguren, su madre, quien le pide a Estanislao que los guíe hacia las tolдерías. Resulta que este no es otro sino el gaucho de la noche anterior.

El encuentro de Carmen con su hermano Francisco, que vive en una tolдерía, casado con Sara Coliqueo, introduce la discusión sobre los límites entre civilización y barbarie, tema reincidente en la obra de María

Rosa Lojo. “[...] no piense que el otro lado donde usted vive es mejor que esto” (Lojo, 2013: 217), le aconseja a Carmen la *machi* Juana Guaiquil que le indica la dirección del hermano. Esta frase puede considerarse como la divisa de la reflexión del tema de la frontera, nuclear en la obra de la escritora argentina.

La *machi*, una especie de *chamán* que ejerce una función curativa en las culturas ranqueles, ya aparece referida como “médica” en *Las libras del Sur* (Lojo, 2013: 213). Se trata de una figura recurrente en la obra de Lojo. En *Las libras del Sur*, será doña Juana Guaiquil. En *Solo queda saltar* (Lojo, 2018: 97), doña María, “la *machi*”, es la médica madrina de Ignacia, en cuya casa las nenas buscan refugio cuando se escapan de Chivilcoy, huyendo de Goyo, el padrastro de Ignacia, que la quería violar. Gustavo Helmer, el sobrino de los Phorner, futuro marido de Celia, recién recibido de médico, tiene un interesante diálogo con doña María sobre las potencialidades de la ancestral forma de curar de los indígenas.

Sin embargo, el tema de la *machi* y del *chamán* como médicos, será plenamente desarrollado en *Finisterre*, novela publicada en 2005, un año después de *Las libras del Sur*. Rosalind Kildare Neira, la protagonista, es una gallega que también cruza el océano, pasa décadas como cautiva de los ranqueles y llega a ser la médica de la tribu, después que Mira-más-lejos la toma como ayudante. En la edad madura, ella regresa a Galicia y se refugia en Finisterre, ocasión en que lleva a cabo un proceso de reflexión sobre sus experiencias. Al mismo tiempo, escribe largas cartas a Elizabeth Armstrong, en las que repasa su trayectoria e informa a la joven inglesa su origen mestizo. Retomaremos Finisterre, la emblemática aldea gallega ubicada en el “fin del mundo”, de donde también vienen Celia e Isolina, un poco más adelante.

En el laberíntico entramado de la obra de Lojo, con relación a los tránsitos entre personajes de un relato a otro, hay que retomar la controvertida figura de Eva Duarte (1919-1952), que aparece niña en *Las libras del Sur*, según ya hemos comentado, y reaparece ya como la esposa de Perón en *Solo queda saltar*. El primer período de Juan Domingo Perón (1895-1974) en el gobierno de Argentina va de 1946 a 1955, cuando el violento golpe de los militares lo derroca. Prácticamente coincide con el momento de la llegada de las protagonistas de la novela a Chivilcoy (1948) y su adaptación a la nueva patria. Coincide, además, con el período en que Evita, ya casada con el líder de la nación, realiza su meteórica ascensión al poder, que dura hasta su prematura muerte por un cáncer en 1952.

En el capítulo 13 de *Solo queda saltar*, a partir de la descripción de los retratos de Evita y de Perón en la Escuela de Chivilcoy, en el primer día de clases de Isolina, Celia recuerda el viaje de Evita a España, en 1947, que incluye varios lugares de Galicia: Vigo, Barbés y Santiago: “Cuando salió de Compostela, Eva quiso que le enseñasen el cabo de Fisterra, a lo mejor para ver el fin del mundo tal como lo vieron los romanos antiguos y para mirarse ella en ese espejo temible de aguas revueltas.” (Lojo, 2018: 55).

Con relación al viaje, “[e]n uno de sus cuadernos, Isolina dibujó una figurita dentro de una dorna. Se parece a la barca pesquera en miniatura que le regalaron a la primera dama cuando salió de Vigo”. (Lojo, 2018: 56). En ella, viaja una sinigual. “[l]a última que vi con las otras, en Fisterra, antes que volara la barca”, cuenta Isolina. Y sigue informando que la figurita lleva un “sombbrero ancho y redondo como las capelinas que le vimos a Eva, o el que usan en el campo nuestras paisanas. Debajo, la cabecita es una mancha dorada que alumbraba el cielo tormentoso como un sol indeleble” (Lojo, 2018: 56).

En el capítulo 16, Carmen Brey cuenta a las muchachas cómo había conocido Eva en su visita a Los Toldos, cuando buscaba al hermano, episodio ya relatado en *Las libras del Sur*. En la segunda parte, cuando los peronistas empiezan a hostilizar al Instituto, Isolina informa que Carmen Brey viaja a Buenos Aires y se entrevista con Evita. Con una llamada telefónica suya, todo se resuelve. Y luego resume la situación violenta entre los dos grupos en que se divide el país: “La violenta intolerancia de los argentinos entre sí no mejoró. [...] bombardearon la Plaza de Mayo y, finalmente, con un golpe de Estado, echaron a Perón y secuestraron el cuerpo embalsamado de Eva Duarte”. (Lojo, 2018: 133).

El cuerpo embalsamado de la “Jefa Espiritual de la Nación” ya había aparecido en el relato “Muñecas”, incluido en la segunda edición de *Amores insólitos de nuestra historia*, de 2011. La escritora informa en el *Posfacio* del volumen que el cuento había sido gestado para el libro *Historias ocultas en la Recoleta*, del 2000, y no publicado en aquella ocasión. “Reescrito y transformado, se incorpora, después de más de una década, al friso de los amores insólitos que lucieron nuestra historia” (Lojo, 2011: 380).

Uno de los personajes más famosos de la historia argentina, Evita cruzó los umbrales de la realidad y se transformó en mito. Adorada por los seguidores y odiada por los opositores, ella es un terreno fértil para la literatura que la hizo poblar infinitas páginas. Con María Rosa Lojo no podría haber sido diferente. Ella la hace pasear como niña ensoñadora por las páginas de *Las libras del Sur*; la pone como la poderosa presidente de su Fundación, intentando aminorar los dolores de los pobres, los “cabecitas negras” que ella tanto quería, en *Solo queda saltar*.

En la primera parte de “Muñecas”, en 1952, la madre de Evita la mira, muñeca dormida, una bella durmiente sin un príncipe que la despierte. El relato hace recordar el episodio de la muñeca mutilada, regalo

de la madre pobre, a la que le faltaba una pierna, disfrazada después con una larga falda. Así aparece en *Las libras del Sur*, cuando la muchacha se la enseña a una amable Carmen Brey, en aquella infancia pobre de Los Toldos. La comparación con una princesa repoblará además los fragmentos de *Solo queda saltar* que tratan de Eva Duarte.

Otra princesa argentina que se presenta en *Solo queda saltar*, también es oriunda de una narrativa anterior de la escritora. En el capítulo 12, al tratar de los disfraces de Carnaval, Celia se refiere a un libro con grabados y pinturas que le enseña Carmen Brey, en el cual hay “una reproducción a color de un cuadro que está en Buenos Aires, en el Museo Nacional. Es el retrato en cuerpo entero de una mujer joven, enojada, vestida de terciopelo rojo, con un oscuro rizo de maja sobre la oreja”. Se trata de Manuelita de Rosas y Ezcurra (1817-1898), la hija de Rosas: “Casi una princesa. O casi una reina, en esta república que siempre espera una”, complementa la señora Brey. (Lojo, 2018: 48).

El cuadro referido es el *Retrato de Manuelita Rosas* (1851), pintado por Prilidiano Pueyrredón (1823-1870), depositado en el Museo Nacional de Bellas Artes. El retrato fue utilizado para ilustrar la portada de *La princesa federal*, la novela más popular de la escritora, publicada en 1998, que trata de este importante y también controvertido personaje de la historia argentina del siglo XIX. Al traer para el centro de la acción a la hija de Rosas, María Rosa Lojo propone una relectura de aquel conturbado período histórico. Manuelita se presenta humanizada y discute sin pasiones la relación con su padre y su papel en la historia argentina. Dicha lectura se inserta en una visión revisionista del rosismo propuesta especialmente a partir del período peronista.

En *Finisterre*, novela ya referida, publicada en 2005, “[...] la princesa de tierras bárbaras hoy destronada y metida en el cuerpo de una matrona de rodete”, que pasa su exilio en Londres, también aparece en una de las cartas de Rosalind Kildare Neira a Elizabeth Armstrong, las protagonistas. (Lojo, 2006: 69).

El relato que mantiene una relación más cercana con *Solo queda saltar*, como ya lo había señalado la misma escritora en la entrevista comentada anteriormente, quizás sea el misterioso y mágico *El libro de las Siniguales y el único Sinigual*. El libro trata de definir esos misteriosos seres de los cuales: “No se sabe de dónde vienen, y tampoco si son brujas o hadas” (Lojo, 2016: s/p) y relata que una de ellas parece una góndola o una barca vikinga que se desplaza por el aire. Una niña vio esa barca varada en las rocas de Fistera: no eran “magas, hechiceras y curadoras, no le parecieron brujas amigas del demonio, y tampoco hadas, de belleza irreal y diamantina. Entonces las llamó “las Siniguales”. (Lojo, 2016: s/p).

Esa niña de Fistera había sido bautizada con un nombre singular: Isolina, la insólita. De ahí viene el nombre de una de las protagonistas de *Solo queda saltar*, la niña que al no volver a verlas en Fistera, “en cuanto pudo irse se echó a rodar tras ellas por la tierra redonda” (Lojo, 2016: s/p). Así, Isolina vino a dar, con su hermana Celia, a Chilvicoy.

Isolina está asociada a las Siniguales en buena parte de *Solo queda saltar*. Con auxilio de Clémentine, la empleada francesa encargada de “medir, cortar y administrar” los variados paños de la tienda del tío Juan, ella se disfraza de una de ellas en los Carnavales. La descripción sale de las ilustraciones que Leonor Beuter, la hija de la escritora, hace para la bella edición del relato. “Soy una Sinigual”, dirá la nena Isolina. Además, aclara que las Siniguales “No están en los cuentos. Las vi en Fistera. En las rocas, al lado del mar. Antes de que viniéramos a América.” (Lojo, 2018: 51).

Al hacer el viaje final a Galicia ya en 2018, Ignacia e Isolina se despiden en la Quintana de los muertos, ante la Puerta del Perdón de la catedral de Santiago. De la cartera de Ignacia, Isolina ve saltar una Sinigual. Ignacia explica: “Vivía en el costurero que fue de tu madre. Te siguió a Buenos Aires. Me acompañó a Inglaterra”. Intenta atraparla, pero el minúsculo ser desaparece. Y la novela termina con las palabras de Isolina: “Cerraré este cuaderno y abriré otro. No será un relato de viaje sino “El libro de las Siniguales”: los seres que intento conocer desde hace más de setenta años, cuando los encontré o me encontraron en Fistera.” (Lojo, 2018: 150). Los instrumentos usados serán ajenos a su oficio de veterinaria: la adivinación y la poesía, los mismos instrumentos usados por la escritora María Rosa Lojo.

Otro relato que se entrecruza de modo constante con *Solo queda saltar* es *Árbol de familia*, de 2010. En esta novela, también hay una Isolina, una de las hijas de Rosa Mariño Ventoso que la cuida pacientemente en su vejez (Lojo, 2010: 66-67). Está asociada, quizás a la prima Isolina, “cuyo hermoso nombre”, la escritora toma prestado y a quien dedica la novela. (Lojo, 2018: 5). En *Árbol de familia*, María Rosa Lojo echa mano de un amplio repertorio de relatos familiares para contar la saga de su familia de desterrados. Aunque la tapa del libro indique claramente tratarse de una novela, otros paratextos (Genette, 2009), como la dedicatoria, por ejemplo, lo traen para un curioso entre-lugar discursivo, una zona indecisa, en la que se barajan historia, memoria y ficción.

En un lúcido ensayo en que busca organizar un mapa literario de las genealogías de un relato fundante de la escritora, Sonia Jostic (2018) teje una lectura transversal en que se cruzan *Árbol de familia*, *El libro de las*

Siniguales y de *único Sinigual* e “Historias del Cielo”, texto de *Bosque de ojos* (2012), tratando de dibujar una “cartografía de la intimidad” de María Rosa Lojo. Como parte de dichos juegos narrativos, “sostentadamente lúcidos” (Jostic, 2018: 127), podríamos incluir *Solo queda saltar*. Y lo hacemos, no solo a partir de la presencia de Isolina, que deambula por los tres relatos, pero especialmente por la reincidencia de Finisterre -Fisterra, en gallego-, esa localidad en el extremo de la Costa da Morte, en Galicia, que más que un simple lugar, pasó a ser un cronotopo (Bakhtin, 2002) especial en la obra de Lojo.

En *Solo queda saltar*, Fisterra es el lugar, casi mítico, de donde salen las jóvenes gallegas y adonde regresan en ese vaivén establecido por el tránsito entre dos mundos más que geográficos, culturales. Dice Celia: “Los que nacimos en Fisterra, en Finisterre, en el Fin de la Tierra, [...] nos acostumbramos desde hace siglos a pensar que no hay más mundo por delante de nosotros. Así cuentan los libros.” (Lojo, 2018: 25). Y en seguida repite el suceso de la llegada de los romanos que creyeron haber llegado al fin del mundo cuando estancaron en aquellos promontorios.

El relato de la llegada de los romanos a ese cabo aparece por primera vez, de modo más amplio, en *Finisterre* (2006). El fragmento se introduce con un “casi poema”: “*El Finis Terrae. Finisterre. Fin de la Tierra. Fin de Occidente. Fin.*” (Lojo, 2006: 180). De modo didáctico surge de manera casi oblicua la explicación etimológica del topónimo, del latín al castellano y al gallego, con su simbología, luego asociada al Camino de Santiago y a otras rutas de la península. La asociación en *Finisterre* del río Limia al río del Olvido no está explicitada en *Solo queda saltar*, pero sí se repite en *Árbol de familia*, con un texto muy parecido, un poco más amplio, comparando los hijos del Olvido con los emigrados, los desterrados de su tierra: “Los futuros hijos del Olvido dejaban en las orillas, como una armadura inútil, sus ambiciones de gloria, de oro y de tierras, se entregaban inermes y desnudos a un Tiempo que solo tendría futuro, a cambio de ser peces en el agua translúcida.” (Lojo, 2010: 141).

Una vez “en el borde del mundo, en el borde de la vida, solo queda saltar” (Lojo, 2018: 25): así se presenta el título de la novela. Al penetrar en ese espacio desconocido, sin embargo, la caída no es mortal, ya que se abren, de modo mágico, “esas alas que llevamos en secreto, cuerpo adentro”. Y esas alas secretas permiten a los protagonistas de las novelas de María Rosa Lojo, las gallegas Rosalind e Isolina, protagonistas de *Finisterre* y *Solo queda saltar*; la argentina Rosa, la otra Rosa, la gallega, de *Árbol de Familia*; y la Isolina y sus Siniguales, de *El Libro de las Siniguales*, quizás con más magia; cruzar el mar tenebroso, en ambos sentidos, varias veces, poblando aquellos pasillos, *corredores* secretos, que separan y/o unen las dos extremidades, lo que es lo mismo, en un vaivén constante.

Así explica la escritora en la ya referida entrevista de divulgación del libro (Ortiz, 2019), al definir el mítico lugar, punto de salida y de retorno del movimiento de tránsito, que el vuelo significa la libertad:

Finisterre o Fisterra (en gallego), lugar geográfico donde viven, y también lugar simbólico, fue siempre un extremo, un borde del mundo. Si se quería seguir, había que cruzar el abismo. Sugiere una especie de huida hacia adelante, que deja de ser huida para convertirse en vuelo liberador. Llega el punto en que el Mare Tenebrarum de los antiguos, el temible mar de las tinieblas, se transforma, como decía Castela, en el inmenso “mar da liberdade”, el mar de la libertad. (Ortiz, 2019).

3. La barca que cruza los abismos

Isolina, en las páginas finales de *Solo queda saltar*, reitera el tránsito entre dos mundos, que al fin y al cabo son como cara y cruz de una misma moneda. En un momento de epifanía, comprende lo incomprensible:

Como un rompecabezas que se arma de golpe, cuando ya se han perdido las esperanzas de comprender, lo entiendo. Yo soy el vaivén. Cuando me voy, nada dejo porque todo viaja conmigo. Soy la casa sin anclas, soy mi propia barca que cruza los abismos llevando la memoria de todas las orillas. (Lojo, 2018: 149)

Consciente de haber pasado “la vida ‘entre’, en el cruce: de géneros, de mundos culturales, de tantas cosas” (Crespo, 2018: 195), María Rosa Lojo crea relatos asentados en una zona de errancia y de tensión. Como lugar de tránsito, ella reitera la imagen de un *corredor* que equivale a un entre-lugar, una zona porosa de fronteras permeables y flexibles por las cuales se puede desplazar con facilidad (Hanciau, 2005: 133). Un tercer margen, camino del medio, zona de contacto, entre otros, son diferentes designaciones para esa zona creada por el descentramiento que debilita esquemas hasta entonces considerados como centralizadores de unidad, pureza y autenticidad (Hanciau, 2005: 127). En las palabras de la escritora, “el corredor es las dos cosas: un espacio ambivalente, como el dios Jano [...] Es un lugar de creación, pero también de extrañamiento, confusión y pérdida. Es un espacio de alumbramiento y de duelo. [...] Pero en ese mismo

vaivén está su riqueza, su poder inquietante y proactivo, que genera incesantemente nuevos textos, nuevas formas de interrogación y de creación” (Crespo, 2018: 190). La escritora, mujer en fin, entonces, toma la palabra y organiza la memoria y deconstruye el discurso hegemónico y crea un texto que fluye y se transmuta, de la novela al poema, de la crónica a la epístola, del documento a la narrativa, del relato costumbrista al relato maravilloso, del ensayo a la ficción (Lojo, 2011).

Por ese pasillo, *corredor* que trasciende espacialidades y temporalidades convencionales, por donde circulan sus personajes, también circula el discurso propuesto por ella. Para superar el trauma del destierro y del exilio, se crea una especie de memoria apaciguada, memoria reconciliada, casi una memoria feliz (Ricoeur, 2007: 504). Un lugar donde se está y no se está al mismo tiempo. El objetivo es recuperar el verdadero ser, intocado por el desengaño, por la guerra, por el duro trabajo, por la enfermedad y por la muerte. (Lojo, 2010: 133). Ese *corredor*, que señala insistentemente hacia el más allá, pero a través del cual también se puede hacer el camino inverso, solo puede incorporar la energía inquieta y revisora del más allá si transforma el presente en un lugar expandido y excéntrico de experiencia y adquisición de poder (Hanciau, 2005: 136).

Eso parece querer enseñar el texto de María Rosa Lojo.

Referencias bibliográficas

- Bakhtin, Mikhail M. (2002), “Formas de tempo e de cronotopo no romance: ensaios de poética histórica”, en *Questões de literatura e de estética. A teoria do romance*. Trad. de A. F. Bernadini et al. 5ª ed. São Paulo: Hucitec, págs. 211-362.
- Crespo Buiturón, Marcela (2018), “Diálogo de voces”, en Marcela Crespon Buiturón (ed.). *Diálogo de voces. Nuevas lecturas sobre la obra de María Rosa Lojo*. Raleigh: A contracorriente, págs. 189-197.
- Genette, Gérard (2006). *Palimpsestos: a literatura de segunda mão*. Extratos traduzidos por Luciene Guimarães e Maria Antônia Ramos Coutinho. Belo Horizonte: FALE-UFMG.
- , ----- (2009). *Paratextos editoriais*. Trad. Álvaro Faleiros. Cotia: Ateliê Editorial.
- Hanciau, Nubia (2005), “Entre-lugar”, en Eurídice Figueiredo (org.). *Conceitos de literatura e cultura*. Juiz de Fora: Editora UFJF/Niterói-EdUFF, págs. 125-141.
- Jostic, Sonia (2018), “Genealogías improbables. Notas para un relato fundante”, en Marcela Crespon Buiturón (ed.). *Diálogo de voces. Nuevas lecturas sobre la obra de María Rosa Lojo*. Raleigh: A contracorriente, págs. 119-145.
- Lojo, María Rosa (2011). *Amores insólitos de nuestra historia*. 2ª ed. Buenos Aires: Alfaguara.
- , ----- (2010). *Árbol de familia*. 2ª ed. Buenos Aires: Sudamericana.
- , ----- (2012). *Bosque de ojos: Microficciones y otros textos breves*. Buenos Aires: Penguin Random House.
- , ----- (2004), “Diálogo con Mercedes Giuffré”, en Mercedes Giuffré. *En busca de una identidad. La novela histórica en Argentina*. Buenos Aires: Ed. del Signo, págs. 109-127.
- , ----- (2019), “Entrevista. Cultura”, *TÉLAM*. Buenos Aires, 18-01-2019. Disponible en: <https://www.telam.com.ar/notas/201901/324312-rosa-lojo-literatura-libros.html>
- , ----- (2006). *Finisterre*. 2ª ed. Buenos Aires: Sudamericana.
- , ----- (2013). *Las libres del Sur*. Buenos Aires: Debolsillo.
- , ----- (2016). *El libro de las Siniguales y del único Sinigual*. Buenos Aires: Mar mayor.
- , ----- (1998). *La princesa federal*. Buenos Aires: Planeta.
- , ----- (2018). *Solo queda saltar*. Buenos Aires: Santillana.
- Ortiz, Patricia (2019), “Solo queda saltar, la historia de dos hermanas que huyeron de la España franquista. Entrevista a María Rosa Lojo”, *Caminos culturales*, 16 enero 2019. Disponible en: <https://www.caminosculturales.com.ar/solo-queda-saltar-la-historia-de-dos-hermanas-que-huyeron-de-la-espana-franquista>
- Ricoeur, Paul (2007). *A memória, a história, o esquecimento*. Trad. de Alain François et al. Campinas: Ed UNICAMP.
- Samoyault, Tiphaine (2008). *A intertextualidade*. Trad. de Sandra Nitri. São Paulo: Aderaldo & Rothschild.
- Santiago, Silviano. (1978), “O entre-lugar do discurso latino-americano”, en *Uma literatura nos trópicos*. São Paulo: Perspectiva, págs. 11-28.